

MERCANCIAS INOCENTES PARA UNA ECONOMÍA INODORA

Josefa Dolores RUIZ RESA
Universidad de Granada (España).

Sánchez Ferlosio, Rafael, “*Non olet*”, ed. Destino, Colección Imago Mundi, Barcelona, 2003, 310 páginas.

“Sobradamente conocida es la anécdota —o tal vez leyenda— del emperador Vespasiano, que habiendo mandado instalar letrinas públicas de pago por toda la ciudad y como algún cortesano de confianza le preguntase si no juzgaba impropio para el decoro del Imperio recabar tributos de tan pudenda necesidad, cogió una moneda y acercándose a la nariz y olfateándola, dijo: *Non olet*”.

Cuenta Sánchez Ferlosio, en el libro que nos ocupa, que tal anécdota aparece en el texto de “un oscuro arbitrista granadino del siglo XIX, del que se ignora el nombre y sólo parece relativamente averiguado que fue clérigo”. Se trata de un opúsculo cuyo título, “*Non olet*”, se ha permitido tomar Sánchez Ferlosio para su propio libro. Pero él busca la anécdota en otras fuentes, y acudiendo al “*De uita duodecim Caesarum, libri VIII*”, de Suetonio, descubre que no es la nariz de Vespasiano la que olfatea la moneda, sino la de su hijo Tito (p. 177).

He aquí la forma de proceder habitual de este escritor, probablemente uno de los mejores exponentes de ese individuo racional en quien pensaba Descartes cuando elaboró las reglas de su método: el sujeto que duda de todo, en especial del argumento de autoridad. Aparte de esta calificación, Sánchez Ferlosio resulta sencillamente inclasificable, si bien se puede tener la certeza de que el autor de *El Jarama* no es “sólo” un escritor de literatura. En las notas y papeles inéditos que Miguel Delibes ha publicado recientemente bajo el título, *España 1936-1950: muerte y resurrección de la novela* (editado por Destino en este 2004), pueden encontrarse las opiniones que al escritor vallisoletano le suscitaron algunos de sus contemporáneos, Sánchez Ferlosio entre ellos. De él nos cuenta que la literatura le resultaba un ejercicio menor, y que más bien ocupaba su tiempo en reflexiones que lo mantenían encerrado en su habitación durante días enteros, tiempo al cabo del cual regresaba a la vida social, afiebrado y demacrado.

El caso es que, en un afán personal de búsqueda de la verdad, varias veces confesado, Sánchez Ferlosio viene mostrando, desde hace tiempo, muestras de una gran erudición así como reflexiones con una fuerte impronta personal. Estas manifestaciones lo llevan más allá de los referentes bibliográficos que pueda traer a colación, la mayoría de las veces para entrar en abierta polémica con ellos. Y esto, unido a su formación como lingüista, le permite ofrecer estudios sobre temas muy variados, también de tipo social, económico o político. Así ha ocurrido con motivo de su libro *El alma y la vergüenza*, donde recopila algunos de los artículos que publicara en diarios como “El País” o el “ABC”; o con *La hija de la guerra y la*

madre de la patria (ambos editados por Destino). En estos textos, se nos muestra un Sánchez Ferlosio que puede resultar excesivo en su rigor corrigiendo errores, llevándonos de unos textos a otros, para rescatar la probable primera versión de una explicación casi olvidada, sobre la que, sin embargo, se apoyan conceptos comúnmente aceptados. Lo que sí es obvio es que no podía quedar circunscrito, únicamente, al medio periodístico, dado que la especialidad de los temas que trata y la complejidad inherente a los mismos no se adaptan a la *episteme* de los medios de comunicación de masas.

Pero la exhaustividad no es el principal escollo en su obra. En cambio, sí puede resultar fatigosa su lectura, dada su querencia por las frases largas, lo cual quizás forme parte de un estilo por el que se reconoce más al Sánchez Ferlosio pensador que al novelista. La paciencia será, pues, elemento imprescindible en el lector, también para llegar hasta esos capítulos, casi recónditos, en donde nos ofrece sugerentes reflexiones sobre la política, el derecho o el lenguaje jurídico¹, y en donde se percibe un indesmayable talante expositivo. Porque no parece que sus libros estén sistematizados según la ortodoxia que dictan las Universidades u otros “think tanks”. Y, tal vez por eso, quede relegado al limbo de los eruditos, aplaudidos por sus sabias ocurrencias y olvidados por la Academia.

Resulta también discutible que, cuando se adentra en polémicas con otros escritores, demande a aquéllos un rigor casi sobrenatural, mientras que él concede muy poca explicación a sus propias premisas teóricas, lo cual puede inducirnos a despacharlas al terreno de los “prejuicios” o de las “fobias” personales. Pero, a pesar de su manifestado repudio de la televisión, la publicidad, Walt Disney, el Corte Inglés, el liberalismo u Ortega y Gasset (llegando incluso a desechar un retrato de Santo Tomás de Aquino porque le recordaba a aquél); a pesar del ataque directo a los escritos pro-liberales de Vargas Llosa o Pedro Schwartz (que tampoco faltan en *Non olet*); o precisamente por todo ello: los textos de Sánchez Ferlosio no se limitan a ser un conjunto de argumentos “ad hominem”, sino que ofrecen una reflexión muy elaborada acerca de los temas más importantes de nuestro tiempo.

Volvamos al libro que nos ocupa, donde se refiere al consumo de masas y a la economía de mercado. Se trata de un tema que se ha revitalizado en los últimos años, con motivo de la globalización, si bien el tratamiento del consumo, como algo más que mera destrucción de la cosa, ya se detecta desde finales del siglo XIX, con el libro de Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa* (1899). El hilo conductor de *Non olet* es, por su parte, una reflexión muy crítica sobre la economía actual de mercado, basada en el consumo irrefrenable, sí, pero un consumo que crea la misma producción (lo cual ya estaba dicho con la ley de Say). Sánchez Ferlosio se aparta de la idea de autonomía del consumo, aunque no de las del fetichismo de la mercancía y de cómo su valor de cambio domina sobre su valor de uso.

1. Véase, por ejemplo, “El español en las Indias”, dentro de *La madre de la patria y la hija de la guerra*; o “El castellano y la Constitución”, en *El alma y la vergüenza*.

Con este libro no estamos ante el estudio de un economista ni de un sociólogo, sino ante la apreciación crítica de las palabras que designan o fundamentan elementos característicos de la actual economía de mercado (el contractualismo, la deontología profesional, la solidaridad, la ética del trabajo, el consumo como industria, el capital humano, el valor de la belleza, la libertad de horarios, etc.). También se proponen nuevos términos, algunos tomados de la gramática, para catalogar el trabajo como mercancía abstracta (*intransitividad*), la dependencia del consumo respecto de la producción, que no puede dejar de producir para consumir (*redundancia*) o las compras compulsivas (*empatía*), respecto de las cuales resalta cómo han dejado de considerarse un problema causado por circunstancias sociales —por ejemplo, la inducción constante al consumo—, para convertirse en una enfermedad del individuo. Por último, se recuerdan determinados antecedentes hispanos que justificaron la mercantilización del trabajo o la primacía de lo que luego se llamaría valor de cambio.

Sánchez Ferlosio desarrolla su tesis, básicamente, bajo los epígrafes “Trabajo y ocio”, y “HOMO EMPTOR”. A todo ello habría que añadir también las últimas páginas del libro, agrupadas como un “Apéndice a la página 187”. En torno a este grueso, se articulan las “Abreviaturas” y la “Introducción”, donde el autor se abandona a disquisiciones sobre la publicidad, la venta de productos de belleza y el feminismo, el trabajo de modelo como función socio-económica —en cuanto contribuye al fomento del consumo—, los horarios comerciales, la persona como valor de cambio o la globalización.

A lo largo de las páginas centrales, resalta cómo en el proceso de creación de la necesidad de consumir en abstracto, ha sido crucial el *principio de inocencia e indiferencia de la mercancía* (por lo demás, otra forma de denominar la expansión del valor de cambio sobre el valor de uso, y en donde el dinero actuaría como purificador). Sánchez Ferlosio transita por la caracterización que hiciera la Escuela de Frankfurt de la nueva fase del capitalismo, asociada al consumo de masas, y hace suyos también algunos de los elementos más característicos de su crítica. Esta circunstancia se evidencia además porque, en su lectura de Veblen, se deja guiar por Adorno. En cambio, y para analizar cómo el trabajo se ha convertido en ontología, sigue a Baudrillard (quien había abandonado el materialismo por cierto idealismo posmoderno), y entre los responsables de esa conversión señala, no sólo al liberalismo sino también al marxismo y al cristianismo, protestante y católico. Es el propio Sánchez Ferlosio, ya sin Baudrillard, quien analiza la aportación del catolicismo a la visión mercantilizada y alienada del trabajo actual y al sostenimiento de la economía de mercado, aunque ayudado de monografías como las de Hanke, Maravall o López Alonso. Pero acomete por sí mismo la reconstrucción del “principio de inocencia e indiferencia de la mercancía en cuanto mercancía”, debido en su literalidad a aquel clérigo olvidado².

2. Epígrafe III, “Non olet”, del capítulo segundo, “Trabajo y ocio”.

Su enunciación es el resultado de la opinión crítica que a su autor le merecieron algunos capítulos del libro de Juan de Solórzano y Pereyra, Oidor de la Audiencia de Lima en 1609, y titulado *Política indiana*. En sus páginas se hallaría un germen de la amoralidad concedida al cultivo y a la venta de la coca a los indios, y que el granadino vendría a censurar, siglos después. Interesa subrayar que el cultivo y venta de la coca a los indios eran gestionados por la metrópolis: a España pertenecían las tierras de cultivo y a ella iban a parar los ingresos por su venta, todo lo cual se había justificado sobre el argumento de que la coca parecía ser un reconstituyente infalible para los indios. De ahí que, como recuerda Sánchez Ferlosio, su venta sólo se permitiera en los lugares donde aquéllos trabajaban en condiciones infrahumanas, como por ejemplo, las minas. De esta manera, las propiedades de la coca garantizaban a los colonizadores la reproducción de la fuerza del trabajo, amén de reportarles pingües beneficios.

Pero los Estados han interferido y siguen interfiriendo, de manera coactiva, en los mercados (piénsese, si no, en la política proteccionista que dispensa Estados Unidos a su mercado del acero). Lo resaltable del libro de Sánchez Ferlosio es cómo nos lleva hasta los argumentos que justifican el mercado (estatalizado) de la coca, y que remiten a la filosofía del contractualismo. Así, el vendedor *libre* puede irresponsabilizarse de los usos que haga el consumidor, *libre* también, lo que va a producir una suspensión de la moral, también perceptible en el comercio de armas. Y, a la sazón, van a ser fundamentales los argumentos vertidos por Francisco de Vitoria y Francisco Suárez en sus textos sobre el derecho de guerra, en los que se descarga de toda responsabilidad a quien tiene como trabajo el servicio de armas pero también su construcción y venta. Este contexto de la separación de la responsabilidad entre los contratantes es el contexto en el que, según Sánchez Ferlosio, se desarrolla la deontología profesional, una moral interna cuyo pilar es el llamado “deber profesional”, emanado del propio proceso productivo y exculporio de los posibles fines *inmorales* del trabajo.

Pero no sólo se critica en este libro la deontología, sino también, y en general, las éticas de los valores, de raigambre kantiana. Porque, para Sánchez Ferlosio, la palabra “valor” tiene connotaciones cuantitativas y patrimoniales, lo que le impide caracterizar, no sólo al trabajo, sino también a la generosidad o a la belleza, que son gratuitos. No explica, sin embargo, con qué presupuestos llega a tales conclusiones. Probablemente los haya contado en otro lugar, pero algunas ausencias impiden mayor enjundia teórica. En cambio, fiel a su método —o a sí mismo—, no pudo resistirse Sánchez Ferlosio al *Cantar de los Cantares*, cuyo verso “Nigra sum sed formosa, filiae Ierusalem”, le dio el pie para reflexionar acerca de la belleza y el ocio, y en donde sería esencial cierto pasatiempo tendente, según sostenía Simone de Beauvoir, a imitar a la clase obrera: el broncearse. Pero no hay tal imitación, no puede haberla, pues el ocio es lo opuesto al trabajo; tampoco es un valor ni una norma de conducta sino un fin en sí mismo, que sólo puede consistir en un “iacere modo sub antiqua ilice, modo in tenaci gramine”, que diría Horacio (según Sánchez Ferlosio). Pues, téngase presente en los tiempos que corren.